

Teresa Cristina Carreteiro

Universidade Federal Fluminense, Rio de Janeiro

Paulo Fernando Santos

Escola Brasileira de Psicanálise Movimento Freudiano, Rio de Janeiro

Para las categorías sociales menos favorecidas del Brasil, la calle es vivida como el territorio de la multiplicidad. Es el espacio de encuentro de universos, sean éstos complementarios u opuestos. La calle presenta fronteras muy débiles, lo que permite tejer lazos entre las lógicas del trabajo formal, informal y paralelo.

Este texto tiene como objetivo analizar diferentes formas de experiencias vividas en la calle. Nuestro trabajo se apoya en dos estudios emprendidos por los autores en el Estado de Rio de Janeiro. El primero, una investigación en una *favela*,¹ en la cual la mayoría de los habitantes ejercía, o había ejercido en la infancia, actividades en la calle. El segundo, un trabajo psicoterapéutico emprendido en una institución encargada de recibir adolescentes internados como medida socioeducativa, por haber realizado diversas infracciones.² Una parte no despreciable de estos sujetos ya había vivido en la calle en algún momento de su vida.

FACTORES QUE CONDUCEN A LA CALLE

El ejercicio de la democracia es reciente en Brasil. Los beneficios del Estado de derecho, aun siendo garantizados por la Constitución, son poco percibidos en la vida cotidiana. No se extienden a toda la población. A pesar de ello, ha habido adelantos políticos y económicos considerables. En el plano jurídico, una nueva Constitución fue promulgada en 1988, en la cual el racismo y la tortura, por ejemplo, son caracterizados como crímenes. La nueva Constitución establece un importante cuadro legal para el respeto de los derechos del hombre y para la lucha contra las desigualdades. Sin embargo, la violación de los derechos de los individuos es, todavía, una realidad frecuente. La ciudadanía está lejos de ser completa. Si así fuese, todos los miembros de las colectividades tendrían no sólo que gozar de los derechos políticos (derecho de voto), sino también de los derechos civiles (derecho de tratamiento igual para todos los ciudadanos frente a la judicatura), lo que implica que todo ciudadano tiene derecho al respeto y a los derechos sociales: protección social, educación, etc.). De hecho, la distorsión de estos dos últimos derechos constituye una realidad habitual. Varios agentes del Estado siguen practicando, todavía, la violencia contra los ciudadanos. La población menos favorecida es el blanco principal de estas prácticas, entre las que se cuentan las torturas en las comisarías, las ejecuciones de niños y de

* Este texto es una visión resumida, y con algunas modificaciones, del texto *Rue territoire pluriel*, que será publicado en breve.

¹ En la investigación-acción "Historia y memoria comunitarias", financiada por el CNPq [Conselho Nacional de Desenvolvimento Científico e Tecnológico], pudimos acompañar, durante cuatro años, una población que vivía en condiciones precarias, analizando con ella sus condiciones de trabajo, habitación, apropiación de los espacios urbanos y la construcción de su proyecto de vida. Los dos autores participaron en este trabajo, con un equipo coordinado por Teresa Carreteiro.

² Este trabajo fue conducido por Paulo Fernando Santos. La población atendida está compuesta por adolescentes del sexo masculino con edades entre 14 y 16 años. Respecto de las infracciones: son actos ilegales cometidos por menores; para los adultos, esto es, para los mayores de 18 años, los mismos actos son calificados como crímenes; el estatuto de los niños y de los adolescentes conduce solamente a medidas socioeducativas.

jóvenes de la calle y las prisiones sin mandato judicial. Como dice Pinheiro (1995:129): “Las garantías constitucionales o jurídicas sólo son válidas para aquellos que tienen poder y altos sueldos; en general, los ciudadanos blancos o no negros”. La posibilidad que tiene un sujeto de ejercer su derecho se relaciona con los lugares sociales y los lazos que mantiene con los dueños del poder (Carreteiro 1995). Hay, igualmente, crímenes cometidos por milicias particulares, tanto en zonas rurales como en las urbanas, contra los más débiles económicamente (Geffray 1995).

Se observa en Brasil, también, una gran diferencia entre las rentas más elevadas y las más bajas. Los recursos del 20 por ciento más rico son 33,1 veces superiores a los del 20 por ciento más pobre. Gran parte de la población no tiene casi ninguna posibilidad de ingresar en algún circuito de producción formal. De acuerdo con las últimas estadísticas, el Estado del Rio de Janeiro perdió, en la última década, 10,8 por ciento de los empleos formales. Este dato indica que, para una parte de los habitantes, sólo queda el camino de la calle para sobrevivir, principalmente en los grandes centros urbanos.

LA CALLE COMO EL ENCUENTRO CON LA PLURALIDAD

En la calle se conjugan diferentes intereses, que dependen de diversos factores. De un lado, hay intereses anteriores a toda experiencia en la calle y que llevan a ella, como factores económicos, sociales, políticos, familiares. Por otro, la experiencia de la calle propiamente dicha se construye por la negociación con varios actores, como agentes de policía, asociaciones favorables a las poblaciones de la calle, comerciantes, traficantes de drogas, habitantes y otros grupos que designan la calle como territorio de sobrevivencia. Estas negociaciones son, en gran parte, implícitas, como nos dice David Snow (1999), y tienen consecuencias sobre la vida de los sujetos que viven en la calle o que trabajan en ella. De esta forma, si la policía interviene sistemáticamente en una misma región, las personas que viven allí serán obligadas a ir a vivir en otro lugar. Habrá más mendigos y vendedores ambulantes en las zonas de mucho movimiento, en las cuales el poder de compra es significativo. Los mendigos están ausentes de los grandes centros comerciales, en los que su permanencia es prohibida, pero son numerosos en los alrededores.

Los diferentes actores institucionales quieren un espacio público ordenado, que presente un mínimo de signos de mal funcionamiento social. Bajo esta óptica, el espacio de la calle es pensado, en una perspectiva higiénica, como algo que debe ser ordenado. En el imaginario de las instituciones del Estado, el orden del espacio público prueba el grado de salud social de la ciudad. Los mendigos, los adultos, los niños y adolescentes de la calle parecen mostrar el chiquero social (Carreteiro 1998), el peligro. Desde este punto de vista, la ciudad de Rio de Janeiro, cuando hospeda eventos mundiales, realiza una “limpieza en sus calles”. La población de la calle y en la calle es excluida, y reubicada en la periferia de la ciudad, en instituciones, y puede hasta ser transferida a otros territorios.³ La ciudad, purificándose de sus “peligros”, es vista como un lugar casi ideal.

La calle: ciudad-refugio

La Municipalidad de Rio de Janeiro estima que 1.300 personas viven en la calle.⁴ Entre aquellos para quienes tiene la categoría de refugio, incluimos, de inicio, a los niños y adolescentes que, como consecuencia de los conflictos vividos en el seno de sus familias, la eligieron como territorio de vivienda; y, en segundo lugar, a los adultos.

En relación con los niños, ellos no soportan más la violencia vivida en la familia, ya sea ésta —como lo es la mayor parte de las veces— familia reconstituida (madre-hijo-padrastra) o una familia con un único responsable, usualmente dirigida por la madre.⁵ En esta situación, el alcoholismo tiene un lugar importante. Es practicado a lo menos por una figura responsable, padre, madre o padrastro. El abuso del alcohol lleva a los de más edad o a los más fuertes a tener actitudes violentas hacia los más jóvenes; actitudes que, en ocasiones, pueden llegar a ser fatales. Según la policía civil, en un 67 por ciento de los

³ Así fue el caso durante la gran conferencia ECO-92, hecha en la ciudad de Rio de Janeiro, 1992.

⁴ Datos citados por el *Jornal do Brasil*, 4/8/99. Pensamos que esta estimación no es muy confiable, ya que incluye solamente personas contadas por las instituciones.

⁵ Entre las familias más pobres de Brasil, el porcentaje de mujeres que tienen la responsabilidad de la familia es de 26,27 por ciento, mientras que entre las familias más ricas, este porcentaje cae a 3,4 por ciento (datos citados por Zaluar 1999).

casos, los homicidios de los niños de 0-11 años fueron cometidos en la familia (Garotinho et al. 1998). Es igualmente habitual que las mujeres sean golpeadas por sus parejas.⁶

Este contexto empuja a los niños a buscar refugio en la calle. La transferencia de la familia a la calle no se presenta de una forma brutal (Menezes et Brasil 1998). El sujeto empieza por conocer la calle, va estableciendo lazos con grupos de compañeros y, progresivamente, pasa a mirar la calle como un lugar de vivienda y de identidad. En su imaginario, el grupo le aporta al niño el marco necesario a su nueva identidad, lo ayuda a enfrentar las dificultades que encuentra y lo ayuda a paliar su soledad. Aun así, es común que los jóvenes que abandonaron sus casas las recuerden como referencia de hogar. A ello hay que agregar que, aunque los lazos con el nuevo grupo son necesarios, ellos pueden romperse con facilidad.

Hay niños que, estando en la calle (o todavía en casa), participan de actividades relacionadas con el tráfico de drogas. En otros textos (Carreteiro 1999; Mafra 1998) analizamos cómo el comercio de drogas moviliza el imaginario de la omnipotencia, tanto por el dinero obtenido como por la posibilidad de ascender a la posición de mando, en calidad de jefe. Este poder resulta en un reconocimiento del sujeto desde el exterior y le da una identidad valorizada. Así, varios de los niños que dejaron la casa por no soportar las humillaciones, cuando vuelven a vivir con su familia se sienten más fuertes para enfrentar la figura masculina y proteger a la madre. En este caso, la experiencia de la calle les dará un poder viril, que utilizan para modificar la situación familiar.

Podemos creer que, en la mayor parte de los casos, los jóvenes tienen frágiles representaciones psíquicas paternas. De hecho, es frecuente en la familia la falta de una figura paterna, y el padrastro, cuando existe, no desempeña el papel paterno. No representa al tercero que prohíbe los deseos que pueden pasar a actos. No hay nadie que conduzca con firmeza la constitución de la represión psíquica. Por el contrario, las figuras masculinas practican todas las formas de la violencia, modo forzoso de regulación de los conflictos. Los niños y los adolescentes internalizan muy débilmente la prohibición (y la represión psíquica) y, por el contrario, conocen de cerca la represión violenta. Además, las instituciones sociales que podrían hacer comprender el lugar de la ley a los jóvenes de esta población, no lo hacen o lo hacen mínimamente. Los niños o adolescentes, cuando van a vivir en las calles, se ven entregados a ellos mismos. En las calles van a aprender a conocer, si todavía no la conocen, una institución: la policía. Los niños de la calle y en las calles son, en general, considerados ladrones. Así, podemos decir que la violencia vivida en casa sigue en la calle, reforzando el sistema de represión.

La calle funciona también como refugio para los adultos solitarios, o incluso para familias enteras. Habitualmente, el acontecimiento que hace que se elija la calle es un cambio en las vidas de los personajes que rompe con el modo que era habitual hasta ese momento. Ir a vivir en la calle nunca es una solución súbita. Es el resultado de un cierto grado de familiaridad, hasta en las situaciones más dramáticas.

Los lugares elegidos para vivir son los más diversos: bajo viaductos, terrenos baldíos, espacios públicos poco vigilados, etc. Sólo se desechan los lugares más escondidos o insalubres. El centro de la ciudad es bastante elegido, por ofrecer lugares en las proximidades de los edificios que protegen de las malas condiciones climáticas y permiten el reagrupamiento. Las personas, de esta manera, pueden defenderse de ataques de terceros, como la policía u otros grupos.

La calle: comercio de reciclaje

Para ciertos sujetos, la calle es vivida como territorio de rebusca de materiales que pueden ser reciclados. Esta actividad empieza generalmente en la noche. En ese momento, la estética de la calle (principalmente el centro de la ciudad) cambia totalmente: se transforma en la metáfora de los "campos de cosecha". Los recolectores saben que la calle es una frontera en movimiento (Peçanha Neves 1999); que la apropiación del espacio de trabajo no está garantizada. Para mantener sus actividades, tienen que marcar su presencia en el territorio. Cada recolector tiene su propio dominio. Y sea que trabajen individualmente o se organicen en grupos familiares o de semejantes, tienen especialidades: hierro,

⁶ Según las estadísticas, 55 por ciento de las mujeres que son agredidas lo son en el interior de la familia (investigación nacional por muestra domiciliar / IBGE / 1988). Los datos son impresionantes también en lo que se refiere al asesinato de mujeres: en 1997, en el Estado de Rio de Janeiro hubo una mujer asesinada por día (citado por Garotinho et al. 1998).

vidrio, lata, papel, cartón, plástico. Habitualmente existe un tipo de negociación solidaria entre el comercio oficial y los recolectores. Los comerciantes saben cuál es el destino de sus desechos y a quién le serán entregados. Entre el recolector y la industria de reciclaje están los intermediarios, que pasan todas las noches a recoger los materiales.

El trabajo de rebusca comienza cuando los establecimientos comerciales cierran sus puertas y botan sus desechos. Esta tarea, para muchos trabajadores, representa la única actividad remunerada; para otros (una minoría), representa un complemento del sueldo que ganan en otros lugares. Ello ocurre porque muchas personas que ejercen una actividad poco calificada en el mercado formal tienen miedo de ser despedidas, debido a la crisis de empleo. De esta manera, junto a su empleo preservan la actividad de recolector, ya que los horarios son compatibles.

La calle: lugar de intimidación y de coacción

La intimidación está constantemente presente en la calle: puede manifestarse entre los peatones y la población de la calle, entre los diferentes actores de esta población o, también, entre ellos y la policía.

Entre los peatones y la población de la calle existe una tensión permanente. Esta población es bastante diversificada, pero su variedad pasa inadvertida para los individuos que usan la calle como territorio de paso. Éstos viven con miedo de ser atacados. Muy a menudo, los que viven en la calle se sienten humillados y contestan con intimidaciones. En general, los peatones son más sensibles a los pedidos de dinero provenientes de niños. Los mendigos adultos se aprovechan frecuentemente del capital representado por la infancia para garantizar el triunfo de la cosecha.

En relación con los conflictos existentes entre los distintos actores de la población de la calle, ellos son producto de batallas por mantener el territorio como espacio de sobrevivencia. Así, ciertos adultos explotan la actividad de los niños, exigiendo de ellos dinero y mercaderías. Los niños que viven esta situación suelen vengarse prendiendo fuego a las personas que los explotan cuando las encuentran dormidas. Es ahí, cuando no pueden reaccionar, que les cobran las cuentas.

En lo que se refiere a la policía, ésta practica frecuentemente la extorsión. Es difícil hablar de la policía, sabiendo que una buena parte de sus representantes son honestos. Sin embargo, hay también en ella sujetos despreciables, corruptos. Los policías, en este caso, exigen de los que viven en la calle un pago diario, y a cambio les dan libertad de acción. Muchas veces se paga a los policías con mercaderías robadas o drogas. Por lo general, la población de la calle teme a los policías, ya que éstos participan simultáneamente de dos códigos: el de la brutalidad policial —heredada de un sistema esclavista— y el código de los marginales. Esta asociación ha generado prácticas muy perversas. La población de la calle se refiere a los policías como “vermes” (gusanos), denominación que muestra en qué medida el policía es visto como algo que destruye, que corroe, que come a las personas por dentro.

La población de la calle está, también, sometida al exterminio, que puede desencadenarse por un conflicto en verdad mínimo.⁷ Los policías, cuando se sienten humillados por la población o no respetados por ésta, se pueden vengar. Y como habitualmente cuentan con la complicidad de sus compañeros para ocultar sus acciones, las investigaciones realizadas al respecto tienen pocos resultados concretos. Una comisión de investigación encargada de estudiar los exterminios concluye que los grupos que los llevan a cabo están formados en su mayor parte por policías. Un episodio ocurrido en 1993, conocido como “tragedia de la Candelaria”, en que ocho adolescentes fueron asesinados por la policía militar, produjo una conmoción popular y originó reacciones de diversas organizaciones nacionales e internacionales de defensa de los derechos humanos, de la infancia y del adolescente (Coimbra 1997).

⁷ Durante el gobierno 1994-98, en Rio de Janeiro estas prácticas fueron indirectamente alentadas por el Secretario de Seguridad. Los policías recibían un aumento del sueldo por “actos de coraje”. Sin embargo, la legislación exigía un proceso riguroso para determinar si el acto del policía había sido realmente un “acto de coraje”. A pesar de todo, en la práctica, este proceso fue poco utilizado y se concedió un gran número de promociones. Como consecuencia, en 1995, la policía del Estado de Rio de Janeiro mató a 358 personas. En el mismo año, el conjunto de policías norteamericanos había matado 385 personas.

La calle: lugar de comercio y consumo de drogas

Antiguamente la venta de drogas se limitaba a las *favelas*, donde una pequeña parte de la población participaba de este comercio. Hoy, la venta se hace en las calles y en varios lugares públicos. Es habitual encontrar drogas en las playas, en los grandes centros comerciales, en los locales nocturnos y hasta en las escuelas.

La población que vive en las calles consume básicamente tres tipos de drogas: alcohol, marihuana y solventes. Las dos últimas son utilizadas generalmente por los jóvenes. El alcohol penetra en todas las generaciones, pero su consumo es más importante entre los adultos. El crack es consumido en algunas grandes ciudades brasileñas, pero es raro en Rio de Janeiro.

El alcohol y los solventes ayudan a disminuir la sensación de hambre. La cocaína, cuando es utilizada por personas de clases menos favorecidas, puede conducir al tráfico de narcóticos. Trabajar como traficante para poder pagar el propio consumo se torna frecuente. La población infantil y adolescente entra, de esta manera, en el tráfico. Según el testimonio de niños que viven en las calles, es más fácil dejar el tráfico de narcóticos cuando se es niño de la calle que cuando se vive en una *favela*. Y ello porque los niños de la calle, al practicar diferentes actividades, tienen acceso a distintas identidades, como la de mendigos, de actores de pequeños actos ilícitos, de vendedores ambulantes. En la *favela*, en cambio, el jefe del tráfico tiene un dominio más fuerte sobre sus subordinados que en la calle, lo que los amarra con más fuerza a una sola identidad, la de traficante.

La calle: lugar de pequeño comercio y de servicios

El espacio público es igualmente utilizado para la realización de pequeño comercio, marcado por la informalidad. Se trata de los vendedores ambulantes, adultos y niños, que comercian todo tipo de mercadería pequeña y de poco valor. Este tipo de ventas se realiza en los semáforos ubicados en vías de alto tránsito, pues el vendedor sabe que allí el chofer está disponible para prestarle atención y comprarle algo. Requisito es mostrarse amables y ágiles para efectuar sus ventas durante el tiempo que los vehículos están detenidos.

La calle es también el lugar donde se realizan pequeños servicios, varios de ellos relacionados con los vehículos. Los estacionamientos públicos, incluso los pagados, son vigilados por personas de la calle. El trabajo de cuidador de automóviles se mantiene por el miedo a la violencia: el propietario del coche teme que, si no deja propina al cuidador, al volver pueda encontrarlo estropeado; cree que, pagando, no se lo robarán, ya que será vigilado. Los lugares de vigilancia de autos son bastante disputados, por ofrecer ganancias significativas de dinero. Los cuidadores que tienen un local de trabajo —un espacio en la calle, por ejemplo— no lo dejan ni siquiera esporádicamente; y si, por algún motivo, no pueden comparecer durante un tiempo, dejan a alguien en su lugar hasta su retorno. Gran parte de los cuidadores de autos mantiene relaciones con los policías, y con ello comunican una imagen positiva a sus clientes.

Hay otros servicios, que normalmente se ofrece a las mujeres. Es el caso de los niños que, en los supermercados, ayudan a poner las compras en bolsas y las llevan hasta los vehículos.

La calle es también explotada a través de acciones relativamente improvisadas, como durante los embotellamientos de tránsito, en que se ofrece a los choferes bebidas, diarios, galletas o helados. El aspecto catastrófico de la ciudad facilita la sobrevivencia de un gran número de actores sociales.

Hay otra actividad en la calle más visible que las anteriores: es la de *camelô* (comerciante ambulante). Este comercio, en gran parte legalizado, lo practican aquellos que tienen una mejor condición de vida, y pueden ofrecer gran variedad de mercaderías: productos regionales, pequeños utensilios de limpieza importados, *gadgets*, frutas. Entre los comerciantes establecidos y aquellos que hacen comercio ambulante, hay permanentes conflictos. Es común que un comerciante tenga varias pequeñas barracas y utilice trabajadores no legalizados como vendedores. Los productos vendidos por los *camelôs* son comprados por las clases populares, y también por la clase media tras la crisis económica.

Las calles han sido invadidas también por sujetos desempleados. Algunos de ellos tienen un capital económicamente más significativo y compran coches del tipo *van*, para ofrecer un servicio de transporte a la población en general. Durante varios años, en Rio de Janeiro funcionaron sin ningún documento

oficial que justificase esta actividad de transporte público. Hoy la cantidad de *vans* es superior a las 13 mil, lo que ha llevado a comenzar a reglamentar esta situación, ya que el transporte irregular se transformó en una fuerte competencia para los transportes legalizados, por sus mejores precios y la comodidad que ofrecen.

LA CALLE Y LOS PROYECTOS DE EXISTENCIA

Existe todavía otro tipo de categoría de actor: aquel que ofrece servicios, dueño de un cierto capital económico y de un deseo de reconquistar el lugar social que ocupaba anteriormente. Este personaje apunta a tener éxito, ya que proviene de una cultura donde el proyecto de vida tiene importancia considerable. Algunos tienen capacidad de organizarse en grupos formales, tales como cooperativas, para defender sus derechos.

En esta categoría es posible distinguir dos subgrupos. El primero es el de aquellas personas para quienes la calle es sólo territorio de estricta subsistencia. Sabemos que todo proyecto implica la actitud de anticipar el futuro (Boutinnet 1992). En este sentido, estas personas luchan en la vida cotidiana para conservar el mínimo de condiciones necesarias para sustentarse y no caer a un nivel inferior a aquel en que se encuentran actualmente. Este proyecto no se puede definir como deseo de expandirse, sino, al contrario, por un deseo de no quedar entrampado en un campo no deseado.

En un escalón más abajo encontramos la segunda categoría, formada por personas cuyo proyecto se restringe al momento presente. Sienten sus vidas en peligro, conocen los riesgos a los que se exponen; se concentran en acciones para evitar la muerte, para defenderse. De esta manera, estas personas no tienen preocupaciones a mediano plazo.

¿HAY POSIBILIDADES DE SALIDA?

Pensamos que las categorías que presentan mayor dificultad para volver a insertarse en la sociedad formal son aquellas en las que el proyecto se inscribe, únicamente, como forma de lucha contra la muerte. Las personas pertenecientes a estos grupos viven un proceso de intensa exclusión social que, como evoca S. Roy (1999), se encuentra al término de una acumulación de rupturas (económicas, simbólicas, familiares), y marca la última etapa de falta de inserción social.

Es importante realzar las distintas formas posibles de recomposición de los lazos sociales. En todos los casos, los proyectos importantes son aquellos que reconocen al sujeto en su singularidad y en su deseo de existir. Es solamente a partir del reconocimiento y del respeto al otro que los sujetos pueden tener deseos de cambiar. Nos gustaría presentar un caso que, si no puede servirnos como ejemplo (hay muchas estrategias de actuación), nos parece interesante de considerar, ya que permite mostrar parte de lo que está en juego en las relaciones intersubjetivas en la transformación de un proyecto de vida.

Un niño vivía en las calles después de haber abandonado a su familia de origen, debido a la violencia que allí existía. En la práctica, vivía entre las calles y los internados públicos, de donde se escapaba constantemente por sentirse aprisionado en ellos. Alrededor de sus diecisiete años, la situación cambió. En esta ocasión, uno de sus compañeros de calle, que tenía buenas relaciones con su propia familia, lo invitó a ir a su casa. La madre del compañero le ofreció quedarse a vivir con ellos, y él aceptó.

Tras un período de oscilación entre la vida de la calle y la vida en una familia, el muchacho eligió la segunda. Abandonó la calle como lugar de abrigo y de intimidación —territorio de pequeños delitos—, y pasó a verla como territorio de reciclaje. Inició la actividad de recolector de papeles, tal como los otros miembros de la familia que lo había acogido. Según él, el jefe de hogar desempeñó el papel paternal.

Este cambio, que puede parecer mínimo, es considerable. El muchacho siguió teniendo la calle como lugar de trabajo, pero modificó sus formas de invertir y la manera de establecer su proyecto de vida. Ya han pasado varios años desde su rompimiento con el sistema de vida anterior.

El deseo de la familia de recibirlo, de compartir con él la estructura de vida que tenía, incluyendo habitación y trabajo, fue el conjunto de condiciones que le permitió el deseo de cambiar.

Es conveniente subrayar que, si el paso de la familia a la calle se hizo de forma progresiva, el tránsito de la calle a la familia fue igualmente gradual. Sabemos que siendo la reconstrucción de lazos un proceso

que implica al sujeto en toda su dimensión psíquica, es un proceso siempre muy lento. Y ese proceso fue posible cuando el niño consiguió identificarse con un nuevo universo, identificación que le permitió elegir una nueva forma de vida.

Naturalmente, el reconocimiento no tiene lugar únicamente en la familia. Igualmente puede darse en las organizaciones e instituciones que trabajan con una óptica de respeto y que quieren favorecer la formación y el desarrollo de una actitud nueva, trabajando junto a la población de la calle. Al fin, todo trabajo que respeta al otro como sujeto de derecho puede ayudar a crear nuevas identidades y contribuir a la modificación de vida de los individuos.

CONCLUSIÓN: LA VIDA EN LA CALLE COMO ENCUENTRO DE DIVERSOS UNIVERSOS

La vida en la calle y la vida de calle no son distantes de otros universos sociales, aun de los más formales. La proximidad de los universos nos obliga a plantear la siguiente pregunta: ¿es posible mantener una distinción rígida entre distintos espacios de vida? En el estado actual de la sociedad brasileña, esta forma de establecer categorías, ¿no revelaría una idea de sociedad que tiene como proyecto ser ordenada en espacios bien delimitados, garantizando así a cada clase social la ocupación de un lugar al que las otras no tendrían derecho? Es ése el sueño que anima, en particular, a la clase dominante, a la que le gustaría tener una vida protegida, lejos de lo que puede ensuciar. Pero, de hecho, diferentes clases sociales conviven en la calle. La mezcla de los mundos resulta en una creación híbrida que permite dar una imagen de la complejidad engendrada por la sociedad actual, de sus modos de funcionamiento y de no funcionamiento.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Augé, M. 1994. *Não lugares, Introdução a uma antropologia da super modernidade*. Campinas: Papirus.
- Barreira C. 1998. *Crimes por encomenda, Violência e pistolagem no cenário brasileiro*. Rio de Janeiro: Relume-Dumará.
- Boutinnet, J. P. 1992. *Anthropologie du projet*. Paris: PUF.
- Carretero, T. C. 1995. "La citoyenneté au Brésil: entre les logiques du droit, de la faveur et de la violence". *Revue Internationale de Psychosociologie* 2(2):103-110. Paris: Ed. Eska.
- Carretero, T. 1998. "Un indien est-il digne de respect". Comunicação apresentada no Colloque Le Respect, Faculté de Droit et de Science Politique de la Rochelle, Paris.
- Carretero, T. C. 1999. "Les modes d'existence face au trafic de drogue à Rio de Janeiro". *Cahiers du Laboratoire de Changement Social* 5. Paris: Université Denis-Diderot.
- Coimbra, C. 1997. Discursos sobre segurança pública e produção de subjetividades; violência urbana e alguns de seus efeitos. Iº Semin.de Pesq. e Ext. Resumos publicados en *Congressos Científicos*, Universidade Federal Fluminense, Brasil.
- Freire, G. 1952. *Maitres et esclaves*. Paris: Gallimard.
- Garotinho, A. et al. 1998. *Violência e criminalidade no Rio de Janeiro: diagnóstico e proposta de uma política democrática de segurança pública*. Rio de Janeiro: Ed. Hanna.
- Geffray, C. 1994. "La main sur le cœur, l'arme à la main". En *Violence et politique*. Colloque de Cerisy. Lignes: Ed. Hazan.
- Lucchini, R. 1993. *Enfant de rue: identité, sociabilité, drogue*. Genève: Librairie Droz.
- Mafra, C. 1998. "Drogas e símbolos: redes de solidariedade em contextos de violência". En A. Zaluar et M. Alvito. *Um século de favelas*. Rio de Janeiro: FGV.
- Menezes, D.; K. Brasil. 1998. "Dimensões psíquicas e sociais da criança e do adolescente em situação de rua". *Psicologia, Reflexão e Crítica* (Porto Alegre) 11(2).
- Peçanha Neves, D. 1999. "Les misérables et l'occupation de l'espace public". Comunicação apresentada no Colloque "Culture civiques et démocraties urbaines", Cerisy, France, juin.

- Pinheiro, S. P. 1995. "Violence et consolidation démocratique au Brésil". En *Violence et politique*, Colloque de Cerisy. Lignes: Ed. Hazan, 1995.
- Roy, S. 1995. "L'itinérance: forme exemplaire d'exclusion sociale?". *Lien Social et Politiques*. RIAC, 34:73-80. Montreal: Université de Montréal.
- Snow, D. 1999. "Les homeless et l'espace urbain aux USA". Comunicação apresentada no Colloque "Culture civiques et démocraties urbaines", Cerisy, France, juin.
- Snow, D.; L. Anderson. 1998. *Desafortunados*. Rio de Janeiro: Ed. Vozes, 1998.
- Zaluar, A. 1999. "Violence related to illegal drugs, easy money and justice in Brazil: 1980-1995". Unesco, Paris, *MOST*, discussion paper 35.
- Zaluar, A.; M. Alvito. 1998. *Um século de favelas*. Rio de Janeiro: FGV.